



PORTADA

Una joven durante las manifestaciones de mayo de 2011 en la Puerta del Sol de Madrid. Fotografía de Javier Mantrana

Un ágora a favor del cambio

Por JAVIER VALENZUELA

SUMARIO

- 4: LA ESPAÑA INSUMISA**
Por Miguel Ángel Villena, Luisgé Martín, Guillem Martínez y Lorenzo Silva
- 14: ENTREVISTA A GRACIA QUEREJETA**
Por Karmentxu Marín
- 16: PERIODISTAS VIAJEROS**
Por Javier Reverte
- 18: REPORTEROS DE PAPEL**
Por Javier Valenzuela
- 21: LA PRINCESA ESTÁ TRISTE**
Por Nativel Preciado
- 23: CÁDIZ, CAPITAL DEL PARO**
Por Alberto Luis Cabello
- 25: SIETE AÑOS DE RABIA Y SILENCIO EN EL METRO**
Por Jesús Ciscar
- 28: LA VIDA MÓVIL DE LAS ESTATUAS HUMANAS**
Por Ramón Lobo
- 31: BALAS SOBRE GÜRTEL**
Por Miguel Sánchez Romero
Ilustración de La Salita Gráfica
- 36: LA ROSA 14**
Por Carlos Fonseca
- 40: ¿OTRO SUICIDIO DE LA MONARQUÍA?**
Por Julián Casanova
- 43: MIGUEL PIZARRO, UN ESPAÑOL EN JAPÓN**
Por Juan Luis Tapia
- 45: TERESA BUSCA A TERESA**
Por Fernando Olmeda
- 47: LA MANÍA DE PENSAR**
Por Gonzálo Pontón y Manuel Fernández Cuesta
Ilustración de Jaime Martínez
- 50: IDEAS GASEOSAS SOBRE LA SOLIDEZ**
Por Ignacio Sánchez Cuenca
- 52: ACAPULCO GOLDEN**
Por Alejandro Almazán
- 57: BRASIL, ENTRE EL SUEÑO OLÍMPICO Y LA POBREZA**
Por José Manuel Rambla
- 59: ELLAS NO ERAN MALAS, ELLOS ERAN TONTOS**
Por Maruja Torres

Muchos conocidos míos mayores de 50 años se ponen como una hidra ante la mera mención de que la democracia española es manifiestamente mejorable y necesaria con urgencia una reforma, regeneración, reconstrucción, renacimiento, segunda Transición o como quiera llamársele. En la visceralidad de su reacción hay mucho de personal: entienden ese comentario como si se estuviera descalificando su juventud, como si se estuviera diciendo que fue una mierda. Y no es eso. En absoluto.

Dado el lugar y el momento, con la correlación de fuerzas entonces existente, la Transición española estuvo bastante bien. Pero el edificio que construyó exhibe alarmantes grietas estructurales desde hace unos años. Por dos razones: la primera es que la propia Transición -y de ello eran conscientes sus protagonistas de izquierda, aunque luego muchos lo olvidaran- dejó no pocas asignaturas pendientes; la segunda es que han transcurrido casi 40 años, un tiempo que, dada la aceleración de la Historia, cuenta como antes un siglo. Que la derecha sacralice la Transición y la Constitución que produjo -hasta el punto de mirirlas con la febrilidad de un salafista ante el Corán- tiene su lógica: los conservadores se definen precisamente así por su alergia a todo cambio. Si de ellos dependiera, la humanidad seguiría rigiéndose por el Código de Hammurabi y, desde luego, no habría abolido la esclavitud, establecido el sufragio universal, proclamado los derechos humanos y avanzado en la igualdad de los géneros. Luego, ya lo sé, los conservadores, o muchos de ellos, se apuntan -y hasta se atribuyen- a las novedades civilizatorias, aunque siempre con notable retraso y tras haber intentado impedirlos.

Más curioso resulta que gente que aún sigue llamándose progresista se enroque de tal manera en el fundamentalismo de la Transición. Ocurre en las filas de cierto centroizquierda y sus amigos mediáticos, y supongo que ello obedece tanto a un mal envejecimiento intelectual como al intento de preservar las posiciones de poder entonces adquiridas. En lo que a muchos otros nos concierne, el progresismo no es otra cosa que una acción permanente a favor del avance de los ideales de libertad, igualdad y fraternidad de la Revolución Francesa, o, si se prefiere la Revolución Americana, de los de vida, libertad y derecho

a la felicidad. Y jamás puede decirse que eso ya se ha alcanzado de una vez por todas.

Cuando es tan solo mera aceptación resignada de una situación anacrónica, injusta o disparatada, el pragmatismo apesta. Éste es otro mundo bien distinto al de la Transición, un mundo protagonizado por nuestros hijos, jóvenes que no han conocido a Franco y Tejero, no han vivido la Guerra Fría y han crecido con la televisión, los teléfonos móviles e Internet. Tienen todo el derecho del mundo a rehacer la democracia española en función de sus aspiraciones y necesidades. Thomas Jefferson decía que la idea de que una generación puede imponer sus reglas de convivencia a las siguientes, cual si fueran las bíblicas Tablas de la Ley, es arrogante y autoritaria. Nada es para siempre.

Hace unas semanas, con motivo del segundo aniversario del 15-M, se debatí sobre si había servido para algo. Fui de los que dije que sí, por supuesto. Situándose en el terreno de las ideas encarnadas en movimientos sociales, que no en el de los partidos y las instituciones, el 15-M ha introducido novedades germinales en la agenda política española. Para empezar, la idea misma, compartida por millones de españoles, de la necesidad de un cambio. En mayo de 2011, miles de miles de jóvenes, de edad o de espíritu, salieron a las calles de España para pedir una mejor democracia: menos politiquera, menos partidocrática, menos bipartidista, menos profesionalizada, no tan sumisa a los ricos y poderosos, no tan alejada de la gente. Tenían razón. Clamaban asimismo por un reparto menos injusto de los sacrificios de la crisis económica, y también tenían razón.

Desde el establishment se les respondió que no había alternativas, que ya vivíamos en el mejor de los mundos posibles y que lo mejor que ellos podían hacer era terminar sus carreras y buscar luego trabajo en el extranjero. A esa actitud Tony Judt la llamaba la "coacción paternalista del nosotros sabemos lo que es mejor para ti". Pero los jóvenes quieren tanto a sus padres y abuelos como detestan el paternalismo, así que decenas de miles de ellos, llámeselos indignados, rebeldes, insumisos o como se prefiera, han continuado hasta hoy convirtiendo el asfalto de las ciudades españolas en un ágora a favor del cambio. La Historia continúa.

Javier Valenzuela es director de tintaLibre